

ACERCA DE LAS LETRAS HISPANOAMERICANAS EN LA EDAD DE ORO. TESTIMONIO Y ESTÉTICA

LUIS SÁINZ DE MEDRANO

Es un hecho incuestionable que las etapas del Descubrimiento, la Conquista y lo que podemos llamar Asentamiento de España en el Nuevo Mundo coinciden con ese brillante desarrollo cultural que ha venido a denominarse Siglo de Oro, con más propiedad, Edad de Oro. Entre las afortunadas consecuencias de esas circunstancias podemos recordar lo destacado por alguien como Octavio Paz, tan poco inclinado al elogio fácil y a las argumentaciones de tipo religioso: «Por la fe católica, los indios, en situación de orfandad, rotos los lazos con sus antiguas culturas, muertos sus dioses tanto como sus ciudades, encuentran un lugar en el mundo. Esa posibilidad de pertenecer a un orden vivo, así fuese en la base de la pirámide social, les fue despiadadamente negada a los nativos por los protestantes de Nueva Inglaterra. Se olvida con frecuencia que pertenecer a la fe católica significaba encontrar un sitio en el Cosmos. La huida de los dioses y la muerte de los jefes habían dejado al indígena en una soledad tan completa como difícil de imaginar para un hombre moderno. El catolicismo le hace reanudar sus lazos con el mundo y el trasmundo. Devuelve sentido a su presencia en la tierra, alimenta su esperanza y justifica su vida y su muerte».¹ A riesgo de prolongar en exceso la cita, no nos resistimos a incluir todavía las siguientes consideraciones del mexicano: «La diferencia con las colonias sajonas

¹ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, ed. E. Mario Santi, Madrid: Cátedra, 1993, pág. 243.

es radical. Nueva España conoció muchos horrores, pero por lo menos ignoró el más grave de todos: negarle un sitio, así fuere el último en la escala social, a los hombres que la componían»².

Es también indiscutible que ninguna otra cultura, ni siquiera las documentadas por Roma –teniendo en cuenta, además, que empezamos por no saber «en definitiva cómo ha nacido la ciudad de Roma»³– desde el *Diario* de Colón a las testimoniadas por lo «jesuitas expulsos», ha accedido a una difusión histórica tan cargada de informaciones como la hispanoamericana. El resultado, por otra parte, tiene que ver con una extraordinaria colección de admirables cronistas, gracias a los cuales no sólo entramos en el gozoso conocimiento de insólitas nuevas culturas sino que percibimos el enriquecimiento de la lengua española, que Nebrija se apresurará a legitimar.

En su admirable libro *Discurso narrativo de la conquista de América* (1983), Beatriz Pastor señala con acierto la existencia de «una problemática personal y colectiva que trasciende la simple relación de hechos para profundizar en la expresión de la compleja relación del hombre con la historia», como un componente fundamental de nuestras crónicas de Indias, resultado de la cual es «la transformación y ficcionalización del material que narran»⁴.

Estamos así ante una escritura «que ha dejado de forma paulatina de ajustarse a los cánones y exigencias de la literatura europea [...] y expresa [...] la nueva realidad de la naciente Hispanoamérica»⁵.

En más de una ocasión hemos expuesto nuestra creencia de que todo texto histórico está destinado a convertirse en literatura. Es evidente que en el caso de las letras fundacionales de Hispanoamérica el proceso, por razones de la subjetividad del autor y por la ruptura de la norma de los códigos del texto histórico coetáneo, cuando éste existe, se agiliza y llega a su culmen apurando trámites.

Un tanto esquemática, pero certera, es la propuesta de Beatriz Pastor acerca de las dos variantes esenciales del discurso de la conquista, el discurso mitificador, representado en gran parte por los escritos de Colón y por las *Cartas* de Cortés⁶, y el de «la rebelión», especialmente repleto de matices, donde incluye Pastor *Los Naufragios* de Cabeza de Vaca y *El Dorado* de Pedro de Ursúa.

Un estudio de *La Araucana*, como representación de emergencia de una conciencia hispanoamericana cierra la obra en la que se destaca la rotundidad con que el autor del gran poema de Chile compagina entre sus componentes

² *Ibid.*

³ Francisco Esteve Barba, *Historiografía Indiana*, «Introducción», Madrid: Gredos, 1964.

⁴ Beatriz Pastor, *Discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana: Casa de las Américas, 1983.

⁵ *Ibid.*, págs. 10-11.

⁶ *Ibid.*, pág. 10.

literarios los que están al servicio de la más absoluta realidad, como éstos, ya apuntados por Esteve Barba, al referirse a un suceso concreto: «El año de cincuenta y ocho entrado / sobre mil y quinientos por hebrero, a las dos de la tarde, el postrer día»⁷.

El vasto material desborda cualquier clasificación y, sobre todo, siempre va más allá de las ordenaciones cualitativas y especialmente de las cuantitativas. Añadiremos que si hubo mitificación, de la que mucho se beneficiaron, por cierto, los valores literarios de las crónicas, y sin que apelemos a la vigencia de los libros de caballerías, no hay que olvidar que en innumerables ocasiones lo que para nosotros resulta quimérico no lo parecía en aquellos tiempos. La misma Beatriz Pastor ha recordado cómo Demetrio Ramos, en su estudio del mito de El Dorado, demuestra brillantemente la base racional y científica, de acuerdo con los saberes de la época, que sustentaba el proceso mitificador.⁸

Viene bien a este respecto recordar que todavía en las postrimerías del denominado «Siglo de las luces» el franciscano P. Menéndez realizó cuatro viajes en busca de la Ciudad de los Césares, hecho referido por Julio Vicuña Cifuentes y de ahí, con la debida intención lírica, por supuesto, por Pablo Neruda en su libro de poemas *La espada encendida*⁹.

Dicho esto es lícito añadir que Colón no actuó como un enajenado cuando hiperbolizaba en sus diversos informes, del mismo modo que, por razones propias, lo haría el Padre Las Casas, como, por citar a alguien menos comprometido, el jesuita P. Joseph Gumilla, también en el XVIII, y tantos otros, sin olvidar, aunque tardíamente, al propio cronista oficial Gonzalo Fernández de Oviedo, cuya obra, como tantas veces se ha dicho, no deja de acoger numerosos rasgos poéticos. Centenares de textos son los que buscan la realidad del Nuevo Mundo, al tiempo que, impulsados por una inevitable fascinación, la construyen.

Aunque nuestro propósito no es otro que dar paso a algunas reflexiones aisladas, o eventualmente conectadas entre sí, fuera del rigor propio de la historiografía, se habrá echado en falta, entre bastantes otros, dos nombres particularmente inexcusables aunque sea en una atropellada consideración del mundo de las crónicas: Bernal Díaz del Castillo y el Inca Garcilaso. Aunque con excesiva brevedad, vale la pena advertir que, obviamente, se trata de dos casos ejemplares para mostrar hasta qué punto la presión de la realidad americana y la omnipresente subjetividad de las artífices que se ocupan de ella se tradujeron

⁷ Esteve Barba, *op. cit.*, pág. 15.

⁸ Demetrio Ramos, *El mito del Dorado. Su génesis y proceso*, Caracas, 1973, (cit. por B. Pastor, *op. cit.*, pág. 343).

⁹ Pablo Neruda, *La espada encendida*, Barcelona, Caracas, México: Seix Barral, 1970. Puede verse Fernando Afinsa, *Historia, utopía y ficción en la Ciudad de los Césares. Metamorfosis de un mito*, Madrid: Alianza, 1992.

en discursos tan diversos como deslumbrantes, creadores de realidades más profundas y más auténticas que las que pudieron exceder lo meramente objetivo.

Bernal, prototipo del conquistador medio. De familia de alguna fortuna y de cierto linaje, es testigo y protagonista de uno de los hechos más admirables del siglo XVI. Nos parece muy elemental la idea de que su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* fue escrita sólo para apoyar su búsqueda de merecidas prebendas, para lograr fama y para poner las cosas en su punto con respecto al excesivo protagonismo dado a Cortés por López de Gómara. Nótese que cuando Bernal advierte con irritación la que entiende como injusta parcialidad de Gómara ha escrito más de diecisiete capítulos de su *Historia* y que su situación personal desde que se estableció en Guatemala, donde llegó a ser Regidor, era bastante holgada. Como dijo Carlos Pereyra, «su genio literario, adueñándose de la pluma del escritor le costringe a seguir sin desviaciones la corriente del recuerdo»¹⁰.

Por encima de todo el factor de esta historia es, sin duda, la embriaguez de la imagen, la pasión de verbalizar la gesta americana, que terminada, de hecho, en 212 capítulos, le lleva a añadir dos más. No se hace poesía con sentimientos, según es bien sabido y lo precisó Mallarmé, pero no cabe duda –añadimos– de que éstos son un buen arranque para alcanzar la magia de la imprescindible palabra. Tal sucedió con Bernal Díaz, quien pudo ser ni más ni menos que un decoroso hidalgo en Medina del Campo y encontró en Las Indias el Pentecostés que lo transformó en uno de los creadores más admirables del largo ciclo de las crónicas.

Bernal pudo usar, como aventura Francisco Rico, «la retórica de la llaneza, la astucia del candor»¹¹, sabedor de que la falta de afectación gozaba en su tiempo de estima en ciertos sectores cultos. Tal vez fue así, pero es innegable su esfuerzo por construirse una estrategia para sostener no sólo la verosimilitud sino también la atención de sus lectores. Es importante el valor determinante de sus narrarios: de una parte los lectores comunes, de otra «las personas sabias y leídas», representadas en parte por «los dos licenciados» a quienes mostró su obra para recibir juicios que en parte le disgustaron, aunque no dejaron de alabar su «llaneza», que va «según nuestro común hablar de Castilla la Vieja» pero no carentes de elementos exigidos por los cultos, como ciertos latinismos y alusiones a personajes de la tradición clásica, aunque le objetaron «que les parece que me alabo mucho de mí mismo»¹².

¹⁰ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, pról. C. Pereyra, Madrid: Espasa-Calpe, 1984.

¹¹ Francisco Rico, *Introducción a la «Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España»*, Breve Biblioteca de Autores Españoles, Barcelona: Seix Barral, 1990, pág. 89.

¹² Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. L. Sáinz de Medrano, Barcelona: Planeta, 1992, pág. 915.

Pero donde Bernal se mueve con destrezas que nos parecen esencialmente intuitivas es en el ritmo de la narración. De una parte la necesidad de jerarquizar los hechos ha de imponerse a la simultaneidad con que a veces ocurren: «En un tiempo acaecen dos o tres cosas y por fuerza he de hablar de una, la que más viene al propósito»¹³; de otra, la vastedad misma del material a tratar. Todo esto da a la *Historia verdadera* una excepcional fuerza narrativa que exige una vigilancia de «buen piloto»¹⁴ lo cual se traduce en una excepcional agilidad, resuelta en oportunas reiteraciones, analepsis y prolepsis, o en la gradación en la presentación de hechos, como puede verse en el conjunto de situaciones concernientes al emperador Moctezuma. Resulta todo un modelo de sagacidad narrativa la manera en que tan notable personaje es personalmente aludido y perfilado a través de los informes de los emisarios que envía a Cortés, tras la descripción sumaria hecha en el capítulo XIII. De esta forma, su aparición solemne en el capítulo LXXXVIII tiene un verdadero carácter de apoteosis: «Traíanle del brazo aquellos grandes caciques, debajo de un palio muy riquísimo a maravilla, y la color de las plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chalchihuites, que colgaban de unas como bordaduras [...] y otros muchos señores que venían delante del gran Montezuma barriendo el suelo por donde había de pisar y le ponían mantas para que no pisase la tierra»¹⁵.

Renunciamos a seguir transcribiendo la brillante y extensa descripción, a cambio de aludir a la habilidad narrativa con que Bernal va poco a poco escalonando también el proceso contrario en relación al mismo personaje: el de su degradación. Una vez que se convierte en rehén de Cortés, va desvaneciéndose paso a paso su condición sacralizada y el ritual que le rodeaba. En el capítulo XCVII lo encontramos jugando a los tejuelos con Cortés y Alvarado, quien no tiene empacho en hacerle trampas, y ha de soportar las escatológicas groserías de unos soldados a quienes inútilmente sobornaba con generosidad si bien finalmente oye que uno de ellos le llama «perro».

Los rasgos semióticos del agravio consentido (Cortés no pasa de castigar moderadamente al insolente) anuncian lo irreversible del proceso, que no puede culminar sino en la trágica muerte del emperador.

En el aprovechamiento de este tipo de datos –inconcebible en las *Cartas de Cortés* y en la *Historia* de Gómara– se marca, entre otros, la vertiente novelesca de la obra de Díaz del Castillo.

¹³ *Ibid.*, pág. 50.

¹⁴ «De buen piloto». Ejemplo singular del donaire expresivo de Bernal Díaz del Castillo (ed. cit., cap. LXXXVIII, pág. 251).

¹⁵ Como señala Mercedes Serna en la «Introducción» a la edición de *Comentarios reales*, refiriéndose al Inca: «No se sabe cuándo aprendió italiano, cuándo gustó de la dulzura, suavidad y equilibrio que se derivaban de la filosofía neoplatónica», Madrid: Castalia, 2000, pág. 25.

Y ello sin mengua de su indiscutible valor documental y sin exagerar sus conexiones con los libros de caballerías, de las que se ha hablado muchas veces a la ligera, y sus inclinaciones hacia lo fantástico, que, de hecho, no se derivan sino de lo que de fantástico parecía tener la realidad objetivamente.

El caso del Inca Garcilaso es obviamente distinto. La creación de Bernal es la del espectador apasionado y, felizmente, desbordado por una realidad *otra*, la americana, que absorbe con avidez el escritor en quien reconocemos fácilmente al poeta, al «fingidor», con tanta justeza definido por Pessoa. El Inca Garcilaso es el americano, mestizo y de clase privilegiada, que trata metódicamente de insertarse en una realidad que, aunque más atenuadamente, no deja de ser «otra» para él tras haber renunciado a vivir en el Perú como distinguido vástago de una antigua nobleza indígena, dentro del limitado grupo de ilustres mestizos, bien integrado en el sector de españoles puros, va a asumir en España su papel de hijo de conquistador y va a tomar posesión de su espacio privilegiado, de su zona sagrada, pero no declinará ni mucho menos su secreta obligación moral: la de reivindicar su lado americano.

La culminación de este propósito se da naturalmente en los *Comentarios reales*. Pero mi propósito no es analizar con la atención posible esta obra. Creo más interesante insistir en el desarrollo de la estrategia garcilasiana para llegar a ese punto.

Que ello me lleve a hablar de su traducción de los *Diálogos de amor* de León Hebreo no me separa del tema propuesto en esta disertación. Hay razones para que así se entienda.

Porque es sumamente curioso que el Inca Garcilaso haya dejado pasar más de treinta años desde su llegada a España para la publicación de este su primer libro (1590, terminado en 1586) y que tal obra no verse sobre América sino que se trate de la traducción de un texto de abstracciones neoplatónicas. Mi interpretación es que estamos ante una prueba de la cautelosa planificación que de su obra total va haciendo el autor, quien ha creado un contexto en el que puede dejar rotunda y orgullosamente explícito el lado americano de sus raíces ya en el título: *La traducción del Indio de los tres Diálogos de Amor de León Hebreo [...] por Garcilaso Inga de la Vega, natural de la gran ciudad del Cuzco*¹⁶.

Las cuatro dedicatorias que dan entrada a los *Diálogos*, dirigidas, alternativamente, a don Maximiliano de Austria y al rey Felipe II, son ya una buena muestra de su bien trabado sistema de razonamientos. El interés esencial del Inca ha de estar en esos lectores privilegiados cuya benevolencia es preciso captar. Los argumentos manejados hacen alusión, por una parte, a su condición

¹⁶ En la presentación de su versión de los *Diálogos* se refiere a «la gran ciudad del Cuzco, donde yo nací».

de indio. Por otra, la traducción tiene la aureola de constituir la primicia del tributo literario que es debido a las personas reales por sus vasallos del Nuevo Mundo, «en especial por los del Pirú y más en particular por los de la gran ciudad del Cuzco [...] donde yo nací». Garcilaso deja establecida una imagen de dos caras, cada una de las cuales irá exhibiendo en adelante oportunamente: la de su pertenencia a la nobleza incaica y la de su desvalimiento, propio de «un indio nacido en medio de las cruelísimas guerras civiles de su patria». Deja constancia también del efecto ejemplarizante que su esfuerzo literario puede tener para que los peruanos vean «como hayan de servir en todo género de oficio a V. M. C.».

Para refrendar el espíritu de acatamiento se acude a una contundente motivación religiosa, que, subliminalmente, introduce tal vez una lamentación pero que resulta irreprochable: «Aquella libertad y señorío era sin la luz de la doctrina y esta servitud y vasallaje es con ella».

Ante don Maximiliano de Austria desaparece la alusión al indigenismo y se pone de relieve, por el contrario, el lado hispánico del autor. Sus limitaciones como escritor son debidas –viene a decir– a causas acordes con los hábitos de un español de rango: las relacionadas con la cría de caballos y el uso de arcabuces. Tras esto es lógico que no deje de señalar sus servicios en la guerra del reino de Granada, es decir, en la famosa rebelión de Las Alpujarras.

Demarcadas sus señas de identidad para la «*captatio benevolentiae*», el Inca irá haciendo uso de lo que sin duda estimaba sus adecuados proyectos en la escritura. Se refiere así a su deseo de concluir en breve la *Historia de la Florida*, para lo que, de paso, pide la real licencia, recordando el contenido de dicha obra.

Enseguida alude a los *Comentarios* en estos términos: «Y con el mismo favor pretendo pasar adelante a tratar sumariamente de la conquista de mi tierra, alargándome más en las costumbres, ritos y ceremonias de ella y en sus antiguallas, las cuales, como propio hijo, podré decir mejor que otro que no lo sea». Dicho y reiterado todo esto, Garcilaso expone ante el monarca su meritoria genealogía española para acabar concluyendo que cualquier merced que aquél le otorgue será considerada como propia por las gentes del Perú.

En realidad, Garcilaso se proponía lograr dos fines: ofrecer una superestructura nada discordante con el providencialismo en curso en la que desempeñarán sus papeles el Inca, a veces noble, a veces indio desvalido, y el hidalgo español que, no lo olvidemos, hacía años había expuesto sin éxito –por causa del conocido apoyo de su padre a Gonzalo Pizarro en la batalla de Huarina– sus reivindicaciones al Consejo de Indias.

La obra, cuya traslación afronta, tiene en sí misma un significado fundamental en esta empresa de armonizaciones. El inca, siempre pragmático, vio en la consideración del amor y su génesis hechas por León Hebreo algo perfectamente aplicable a la coordinación adecuada de todo lo existente por él perseguida. De

ahí emana la sabiduría, y de ésta la felicidad, siempre con el beneplácito del Sumo Hacedor.

Estamos muy de acuerdo con William D. Ilgen en que «fue precisamente esta teoría del amor como fuerza reintegradora universal la que más atrajo a Garcilaso y la que él más disfrutó en la elaboración de una audacísima interpretación del proceso entero de la conquista del Perú, en términos que, rebasando la historia, abordan el campo de la metafísica y el mito». El propio Avalué Arce, que subestima el valor de la traducción ofrecida en este libro, se encuentra de acuerdo con que el mismo fue «un intento logrado de identificarse con el humanismo [...] en un orden exempto de nacionalismos en el que prima, al contrario el internacionalismo fraternal del intelecto».

En la posterior *Relación de la descendencia de García Pérez de Vargas*, que iba a integrarse en el comienzo de *La Florida*, pero que no llegó a publicarse, Garcilaso puntualiza, una vez más, su doble genealogía. Su condición de indio justifica su posible tosquedad en cualquier sentido y, como señala Avalué Arce, lo identifica de algún modo con el hombre natural prestigiado en Europa por Montaigne y Fray Antonio de Guevara.

Quedaba así totalmente abierto el camino para la *Historia de la Florida*. La obra apareció por fin en 1605. No deja de llamar la atención que el primer gran trabajo propiamente histórico del Inca concierna a un suceso, la malograda expedición a La Florida que en 1538 encabezó Hernando de Soto, de importancia relativamente secundaria, ya que a pesar de haberse descubierto el Mississippi, De Soto murió sin que se hubiera consolidado ningún asentamiento territorial. Aun admitiendo que el Inca Garcilaso fue redactando su obra a lo largo de varios años y la tenía terminada poco después de aparecer los *Diálogos* (en 1592), el hecho de haber publicado el libro a una distancia de 67 años con relación al comienzo de la expedición hace pensar que se buscaban otros fines más importantes que la mera información. Garcilaso, en suma, se sintió atraído por lo que otros habían dicho sobre lo que era esencialmente su tierra, es decir, la que se había constituido, o estaba en trance de serlo, como la América mestiza. Entendemos que sus obras anteriores a los *Comentarios* tal vez no existirían –no es justo arriesgar una aseveración absoluta– de no haber sido impulsadas por la finalidad ansiada. Digamos que estas obras fueron ensayos, espléndidos ensayos para ejercitarse en el *savoir faire* necesario para acometer su obra magna.

No hemos de excusarnos por la limitación de nuestro acercamiento a autores y obras que ejemplifican sin mayores pretensiones algunas situaciones, algunos rasgos de lo que fue una de las empresas más formidables de la compartida Edad de Oro de la que gozaron España y la América que, como precisó Rubén Darío, «tenía poetas / desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl». Por supuesto, tampoco hemos de felicitarnos.

Sólo hemos de advertir, a quienes aún lo necesiten, que la espléndida proliferación de creaciones literarias hispanoamericanas que desde hace largo tiempo vienen fascinando a los lectores españoles sin ignorar al resto de los europeos y a tantos más, habiendo dado lugar al fenómeno cuya denominación de «boom» no vale la pena rechazar, se trata de un fenómeno que no hace sino prolongar la histórica Edad de Oro. Añadiremos que entre estas creaciones destacan las que versan sobre personajes históricos que han entrado sin dificultad en la condición de novelescos.

Sobre este hecho me permito recomendar la atractiva información ofrecida por la revista universitaria alicantina *América sin nombre* (núms. 9-10, nov. 2007) con el título de «En torno al personaje histórico» (coord. por Beatriz Aracil Varón).

Preciso es concluir, y lo haremos evocando la figura y la obra de un personaje que puede representar con creces a cuantos han quedado fuera de nuestro alcance en este arduo empeño, sin la pretensión de buscar entre unos y otra nada más –ni menos– que una concomitancia sentimental. Se trata, naturalmente, de Sor Juana Inés de la Cruz, la mexicana monja jerónima cuya importancia, que no es preciso encarecer, nos excusa de buscar elogios puntuales para situarla y para atribuirle la función señalada.

No renunciaremos, sin embargo, en primer lugar a reproducir esta reflexión suya que empareja la Edad de Oro con la filosofía del Siglo de las Luces:

No hay cosa más libre que
el entendimiento humano:
pues lo que Dios no violenta,
¿Por qué yo he de violentarlo?

Me atreveré, en fin, con la reproducción de un poema que escribí para ser leído en un Curso de Verano de El Escorial como conmemoración de su muerte en 1695:

Celda de Paraíso. Tras el Segundo Sueño,
Juana, despierta, lúcida, goza de la manzana
Ya no vetada, prueba celeste lacticinio,
que no hace mentes rudas. Tiene el cabello holgado,
Ajeno a las tijeras disciplinantes. Mide
El dilatado término de su sabiduría.
Cual trompos, los planetas giran festivos sobre
Polvareda de estrellas, cernida harina áurea.
Juana, alondra, los mira, hace sus logaritmos,
Su pura geometría, envuelta por la música

De las constelaciones. Ambiguas Philoteas,
Ajustos Núñez sólo son nombres de lo efímero.
Juana es Inés, es niña, Ramírez, monja, Asbaje.
En la Neplanta edénica hace sus logaritmos
Juega a la comba, al tejo, y se topa en la Amiga
Con la Virreina, planta arcos descomunales,
En la ciudad letrada del Elíseo. Puede
Sin varonil atuendo, por altas Galerías
Ir a sapientes Cátedras. No hay padres procesales
Allí. La Luz tan sólo. Y un dichoso Kirkerio
Cuya Linterna mágica cosmograffias traza.
Le arde el Amor, fulgura cierto en endecasílabos,
En redondillas de ámbar. Lámparas y Pirámides
Como Lámparas. Pleno el Universo yace
Y palpita en sus manos. Las hijas de Minerva,
Una Pola Argentaria, una Cenobia, Hispasia,
Jucia, Cornelia, Paula, Catalina, Gertrudis,
Isabel, la acompañan. Juana ya en lo absoluto,
Juana ya luminaria, cerúlea, firme auriga,
Visionaria en su Patmos, total deprendedora
De innúmeras ancilas, de infinitas gramáticas.
No engaño colorido, ni sombra. Conmovida
Reconoce los signos y sabe que ella es signo
Desvelado en lo eterno. Madre y Maestra. Juana.